

¡ Oh raza sublime ! Dirigidnos vuestra mirada ! Alejados, estaremos unidos ! nunca podremos separarnos.

SIFREDO.—Salud á ti, Brunilda ! Estrella luminosa ! Reluciente amor !

BRUNILDA.—Salud á ti, Sifredo ! Luz vencedora ! Amor de mi vida !

(Sifredo se aleja, llevando el caballo de la brida. Brunilda le contempla largo rato desde la cumbre de la peña. En el fondo se oye el alegre sonar de la bocina de Sifredo. Cae el telón.—La orquesta imita el sonido de la bocina, reforzándolo progresivamente. Luégo empieza el primer acto.)



ACTO I

La sala de los Guibijungos á orillas del Rhin. Ancha puerta en el fondo ; á través de ella se divisa un vasto paisaje rodeado de altas rocas hasta las orillas del Rhin.

GUNTHER, HAGEN y GUTRUNA

(Gunther y Gutruna en un sitio algo elevado están sentados á la mesa, provista de vasos y copas. Hagen, delante de ellos.)

GUNTHER.—¿No te parece, Hagen, que es hermosa mi posesión á orillas del Rhin, para gloria de los guibijungos ?

HAGEN.—Envidiable es tu felicidad. Grimilda, que á entrambos nos parió, me lo dió á comprender perfectamente.

GUNTHER.—¡ Yo he de envidiarte, y no tú á mí ! Si heredé las riquezas de primogénito, á ti en cambio te dieron la ciencia : por esto nunca fueron nuestros bienes causa de discordia entre hermanos naturales ; sólo alabo de tus consejos la sabiduría, cuando la comparo con mi fama.

HAGEN.—Pequeña ha de ser, pues pequeña es aún la fama: muchos tesoros conozco, que aún no posee el guibijungo.

GUNTHER.—Si me los ocultas, me veré precisado á reprenderte.

HAGEN.—Á ti, Gunther, te veo sin mujer, y á ti, Gutruna, sin esposo, ya en edad madura para casaros.

GUNTHER.—¿ Con quién me aconsejas que me case que sea digna de nuestro nombre ?

HAGEN.—Yo sé de una mujer, la más hermosa del mundo: tiene su morada en la cumbre de unas rocas, rodeadas por ardientes llamas: sólo quien logre atravesarlas poseerá á Brunilda.

GUNTHER.—¿ Podrá hacerlo mi valor ?

HAGEN.—Destinado está para ello alguien más valeroso que tú.

GUNTHER.—¿ Y quién es el héroe que en valor me aventaja ?

HAGEN.—Sifredo, el último descendiente de los welsas: el héroe más fuerte. Un par de gemelos á quienes venció el amor, Segismundo y Sigelinda, engendraron á ese héroe valiente, educado en el bosque: esposo de Gutruna debiera ser.

GUTRUNA.—¿ Qué hizo para aclamarle por el más esforzado entre los héroes ?

HAGEN.—En la cueva de la envidia custodiaba el tesoro del nibelungo un monstruoso dragón: Sifredo con victoriosa espada le quitó la vida. Hecho tan extraordinario aclamó la fama del héroe.

GUNTHER.—Oí hablar del tesoro del nibelungo, que encierra la más envidiable joya.

HAGEN.—Á quien supiese emplearla bien se le humillaría el mundo entero.

GUNTHER.—¿ Y Sifredo la ha ganado ?

HAGEN.—Esclavos suyos son los nibelungos.

GUNTHER.—¿ Y tan sólo él puede obtener á Brunilda ?

HAGEN.—El fuego no cedería el paso á ningún otro.

GUNTHER (*levantándose de mal humor*).—¿ Por qué despiertas en mí la duda y la discordia ? ¿ Por qué hacerme desear lo que alcanzar no puedo ?

HAGEN.—¿ Si Sifredo te trajese la novia á tu casa, no sería entonces tuya ?

GUNTHER (*paseando conmovido de uno á otro lado de la estancia*).—¿ Y qué poder lograría que ese héroe famoso me ofreciese á Brunilda ?

HAGEN.—Fácilmente lo conseguiría tu súplica, si antes Gutruna le sedujese.

GUTRUNA.—¿ Cómo había yo de seducir á Sifredo ? Siendo el héroe más valiente del mundo, sin duda le habrán ofrecido su amor las más hermosas mujeres.

HAGEN.—Acuérdate de la bebida que guardas en ese armario: el héroe á quien tú desees, quedará sujeto á ti con cadenas de amor. Si viniese, pues, Sifredo y bebiera de este licor, aunque antes haya amado y se haya entregado á otra mujer, la olvidaría por ti. Y ahora decid, ¿ qué os parece mi consejo ?

GUNTHER (*que, sentándose de nuevo, ha escuchado con grande atención*).—¡ Honor á Grimilda que nos dió semejante hermano !

GUTRUNA.—¡ Si pudiese ver á Sifredo !

GUNTHER.—¿ Dónde le encontraremos ?

HAGEN.—Como anda recorriendo el mundo en busca de aventuras, no será difícil que llegue hasta el alcázar de Guibij.

GUNTHER.—Con placer le vería aquí. (*Suena á lo lejos la bocina de Sifredo. Escuchan.*) Del Rhin parece llegar el sonido de la bocina.

HAGEN (*acercándose á la orilla, y mirando al río*).—En una misma barca se aproximan un guerrero y su caballo. Diríase que los remos obedecen al impulso de cansada mano, y sin embargo la pesada lancha deslízase ligera remontando la corriente ! Sólo quien mató

el dragón es capaz de tal empresa! Será Sifredo, sí; ¡no puede ser otro!

GUNTHER.—¿Pasa de largo?

HAGEN (*llamando hacia la barca*).—¡Eh! hola! ¿á dónde vas, héroe insigne?

SIFREDO (*desde el río*).—Á encontrar al poderoso hijo de Guibij.

HAGEN.—¡Te ofrezco su morada: atraca aquí! Yo te saludo, noble héroe!

(*Sifredo arriba á la orilla. — Gunther se dirige hacia ella acompañado de Hagen. Gutruna observa á Sifredo desde su sitio con gozosa sorpresa; cuando van á entrar sus hermanos y el forastero, se aleja por una puerta de la izquierda que conduce á su cuarto.*)

SIFREDO (*que ha conducido su caballo á tierra, y está tranquilamente apoyado en él*).—¿Cuál de vosotros es el hijo de Guibij?

GUNTHER.—Yo soy.

SIFREDO.—Desde muy lejos, en el Rhin, oí alabar tu fama: vengo, pues, á luchar contigo ó á ofrecerte mi amistad.

GUNTHER.—¿Á qué luchar? ¡Bienvenido seas!

SIFREDO.—¿Dónde dejo mi caballo?

HAGEN.—Descuida; yo le daré sitio en que descansar.

SIFREDO.—Me llamaste Sifredo; ¿acaso me habías visto alguna vez?

HAGEN.—Te conocí sólo por tu vigor.

SIFREDO.—Cúidame bien á Grane; de seguro que nunca llevaste de la brida caballo de más noble raza. (*Hagen conduce el caballo á la derecha, detrás de la casa, y vuelve luégo. Gunther entra con Sifredo en la sala.*)

GUNTHER.—Saluda con alegría, oh héroe, la mansión de mi padre; considera como tuyo cuanto veas: tuyos son mi herencia, mis tierras, mis caballos, y aun mi propia persona.

SIFREDO.—Ni herencia, ni tierras, ni vasallos, ni paternal morada puedo ofrecerte; mi persona y mi espada es lo único que poseo, lo único que te ofrezco.

HAGEN (*detrás de ellos*).—Pero la fama te dice dueño del tesoro del nibelungo!

SIFREDO.—Casi me olvidaba de él; en tanto estimo su inútil posesión! Lo dejé en una gruta que un tiempo guardaba una fiera.

HAGEN.—¿Y no te llevaste nada de él?

SIFREDO (*señalando el casco pendiente de su cinturón*).—Este casco, cuya virtud ignoro.

HAGEN.—De ese casco he oído hablar; es la obra más perfecta de los nibelungos. Poniéndotelo puedes tomar cualquier forma; si quieres encontrarte en el más apartado lugar, allí te conducirá en un momento. Y, ¿nada más te llevaste del tesoro?

SIFREDO.—¡Un anillo!

HAGEN.—Que debes tener muy bien guardado.

SIFREDO.—Lo guarda una mujer sublime.

HAGEN (*para sí*).—¡Brunilda!

GUNTHER.—No tienes que ofrecerme tus tesoros en pago de mi hospitalidad. Te serviré con gusto sin recompensa.

(*Hagen se ha dirigido al cuarto de Gutruna y abre la puerta. Gutruna sale llevando un cuerno lleno de licor, y se acerca á Sifredo.*)

GUTRUNA.—¡Bienvenido sea el huésped en casa de Guibij! su hija te ofrece el licor de la hospitalidad.

SIFREDO (*se inclina respetuoso, coge el cuerno, queda pensativo por breve rato y dice en voz baja*):— Aunque olvidase cuánto me has dado, no dejaría de acordarme de una cosa. Á tu amor, Brunilda, dedico la primera libación. (*Bebe y devuelve el cuerno á Gutruna, que avergonzada y aturdida baja los ojos. Con repentina pasión, fija en Gutruna su mirada.*) Tú que como un rayo has herido mi corazón; ¿por qué ante mí bajas los ojos?

(*Gutruna ruborizándose levanta los ojos.*) ¡Ah, mujer hermosa, cierra esos ojos; sus rayos me abrasan: mi sangre circula en corrientes de fuego convertida! (*Con temblorosa voz.*) Gunther, ¿cómo se llama tu hermana?

GUNTHER.—Gutruna.

SIFREDO.—¿Serán de buen augurio para mí las miradas que me dirige? (*Coge la mano de Gutruna con ardor.*) Ofreci á tu hermano mi persona; y él, orgulloso, rehusó mi amistad. ¿Si á ti ofreciese mi corazón, me rechazarías también altiva?

(*Gutruna inclina la cabeza, como no considerándose digna de él y sale con inseguro paso de la estancia.*)

SIFREDO (*la sigue con la vista extasiado, mientras Hagen y Gunther le observan atentos; luego, sin volverse, pregunta*): Gunther, ¿tienes mujer?

GUNTHER.—No la tengo aún y considero difícil obtenerla. En una puse mis pensamientos, sin que me sea dado alcanzar su mano.

SIFREDO (*volviéndose á él con viveza*).—¿Qué no podrás alcanzar tú, estando yo contigo?

GUNTHER.—Sobre altas rocas se yergue su morada; el fuego la rodea.

SIFREDO (*admirado y como recordando algo ya olvidado tiempo há, repite en voz baja*).—¿Sobre altas rocas se yergue su morada? ¿El fuego la rodea?...

GUNTHER.—Sólo aquel que impávido atraviese el fuego...

SIFREDO (*interrumpiéndole súbitamente*).—¿Sólo aquel que impávido atraviese el fuego...?

GUNTHER.—Será el libertador de Brunilda (*Sifredo da á entender por un gesto, al oír el nombre de Brunilda, que se había olvidado completamente de ella*). Yo no puedo llegar á su morada; el fuego nunca ha de cederme el paso.

SIFREDO (*contestando precipitadamente*).—No le temo:

para ti alcanzaré á la mujer; tu aliado soy y tuyo es mi valor, si en cambio me das á Gutruna.

GUNTHER.—Gustoso te la otorgo.

SIFREDO.—Pues yo te alcanzaré á Brunilda.

GUNTHER.—¿Cómo lograrás engañarla?

SIFREDO.—Me valdré de la virtud de mi yelmo.

GUNTHER.—Préstame juramento de fidelidad.

SIFREDO.—Confirme nuestra propia sangre el juramento.

(*Hagen llena un cuerno de vino; Sifredo y Gunther se hacen una cortadura en sus brazos con las espadas y dejan manar su sangre, por espacio de algunos instantes, en la vasija.*)

SIFREDO Y GUNTHER.—Dejemos caer á gotas en ese brebaje la sangre y con ella la vida: únanos por su medio fraternal amor. Fidelidad bebo, florezca libre y alegre nuestra unión. Si rompe uno de los dos el juramento, lo que hoy en gotas bebimos salga á torrentes del pecho del traidor, y expie su infidelidad. Así, te brindo alianza. Así, te ofrezco ser te fiel.

(*Beben cada uno la mitad del contenido; luego Hagen, que durante esta ceremonia estaba á un lado, rompe con su espada el cuerno. Sifredo y Gunther se dan las manos.*)

SIFREDO (*á Hagen*).—¿Por qué no tomaste parte en el juramento?

HAGEN.—Mi sangre os hubiera enturbiado la bebida; no es pura y noble como la vuestra; es áspera y fría, incapaz de colorearme las mejillas. Por esto me alejé de vuestro ardiente juramento.

GUNTHER.—Deja á ese hombre melancólico.

SIFREDO.—En marcha, pues! Allí está mi barca; presto nos conducirá á la roca; pasarás una noche esperándome en la barca, y luego te llevarás á tu casa á la mujer.

GUNTHER.—¿No quieres antes descansar?

SIFREDO.—Ansío regresar pronto. (*Se va á la orilla.*)

GUNTHER.—Hagen, guarda tú la casa.
(*Sigue á Sifredo. Gutruna aparece en la puerta de su cuarto.*)

GUTRUNA.—¿Á dónde van tan precipitadamente?

HAGEN.—Á embarcarse para seducir á Brunilda.

GUTRUNA.—Sifredo?

HAGEN.—Mira cuánto anhela verte su esposa!

(*Se sienta con lanza y escudo enfrente de la habitación. Sifredo y Gunther se alejan.*)

GUTRUNA.—Mío... Sifredo! (*Entra en su habitación.*)

HAGEN (*después de largo silencio*).—Aquí estoy para guardar su morada contra el enemigo. Á merced del viento navega el hijo de Guibij; anda en busca de una esposa. Empuña un héroe el timón; por ella quiere exponerse al peligro; á su propia desposada le entregará, pero á mí me traerá el anillo; vosotros, hombres libres, compañeros alegres, dejáos conducir allá por el viento. Aunque os parezca despreciable, vosotros serviréis al hijo del nibelungo.

(*Cae un telón que oculta la decoración anterior. Después de ejecutar la orquesta un breve intermezzo y de la mutación de escena, vuelve á levantarse el telón.*)

La altura en las rocas, como en el prólogo

BRUNILDA (*sentada á la entrada de la gruta, admira en silencio el anillo de su amante; luego, abismada en amorosos recuerdos, lo cubre de besos, cuando de pronto oye lejano rumor, presta atención y mira á uno de los lados del fondo del escenario*).—Páreceme conocido ese rumor

que viene de lo lejos; á escape se acerca un caballo, volando por los aires. Llega en una nube á esta roca! ¿Quién vendrá á perturbar mi soledad?

WALTRAUTA (*cuya voz suena á lo lejos*).—Brunilda! hermana! ¿duermes ó estás despierta?

BRUNILDA (*levantándose*).—¡Es la voz de Waltrauta! ¿Vienes aquí, hermana? Apéate allí en el bosque que tan bien conoces, y deja descansar tu corcel. ¿Tan atrevida eres que vienes á verme? ¿no temes, dí, saludar á Brunilda?

(*Waltrauta ha salido precipitadamente del pinar; Brunilda, dirigiéndose veloz hacia ella, en su alegría no advierte la turbación de Waltrauta.*)

WALTRAUTA.—Sólo por ti vine.

BRUNILDA (*muy contenta*).—¿Con que te atreviste tan sólo por amor á mí á quebrantar el mandato del padre de los combates? ¿Ó acaso se habrá calmado el furor de Wotan contra mí? Cuando, contrariando las órdenes del dios, protegí á Segismundo, cumplía á pesar de todo su deseo: ya sé que algo menguó su furor; pues aunque me condenase al sueño y me sujetase á la roca, otorgóme que no fuese cualquier caminante quien pudiese despertarme, rodeando mi lecho de ardientes llamas para amedrentar á los cobardes. Así su castigo me llenó de ventura; el héroe más valiente me hizo su mujer; su amor me hace ahora feliz y dichosa. ¿Envidias mi suerte? ¿quieres gozar de mi dicha y compartir conmigo lo que la fortuna me deparó?

WALTRAUTA.—¿Compartir contigo el vértigo que se apoderó de ti, loca de amor? Otra cosa fué la que me obligó en mi angustia á romper el mandato de Wotan.

BRUNILDA.—Temor y miedo te dominan. De modo que no ablandó su cólera el dios riguroso?

WALTRAUTA.—Si yo pudiese temerla, tendría fin mi pesar.

BRUNILDA.—Me sorprendes; no te entiendo!

WALTRAUTA.—Calma tu emoción y escucha. La misma angustia que del Walhalla aquí me trajo, me vuelve allí.

BRUNILDA (*asustada*).—¿Qué es de los dioses eternos?

WALTRAUTA.—Atiende y medita cuánto voy á decirte. Desde que se separó de ti, no nos ha vuelto á guiar Wotan al combate. Indecisas y siempre temerosas seguimos al ejército. Evita encontrar á los valerosos héroes del Walhalla; sólo y sin descanso viaja por el mundo á caballo. Últimamente llegó empuñando su lanza hecha astillas: un héroe se la había destrozado. Sin decir palabra ordenó á los nobles del Walhalla que fuesen al bosque á derribar el fresno del mundo, y mandó amontonar al rededor del sagrado recinto los pedazos del árbol. Luego convocó el consejo de los dioses; él mismo lo presidió, y á su alrededor se sentaron todos angustiados; los héroes llenaron la estancia. Sentado estaba él presidiendo, mudo é inmóvil, en su sagrado trono, y teniendo en la mano los trozos de la lanza; ya no prueba las manzanas de Holda: dominados están los dioses por la angustia. Mandó á sus dos cuervos á viaje: una vez volvieron con buenas noticias; luego otra, y fué la última; por postrera vez se sonrió el eterno. Á sus rodillas abrazadas yacimos nosotras las walkirias: mas permaneció indiferente á nuestras suplicantes miradas; á todas nos devoraba el temor y la angustia. Contra su pecho yo misma me abracé llorando: entonces alzó los ojos, pensó en ti, Brunilda, exhaló profundo suspiro, cerró otra vez los párpados, y como soñando dijo: «Si devolviese el anillo á las hijas del hondo Rhin, libertaría al dios y al mundo de su maldición.» Entonces pensé en lo que dijo; abandoné, sin ser vista, la silenciosa multitud que le rodeaba; monté á caballo, y á escape vine

á verte. Y ahora te suplico y te conjuro, hermana, que hagas lo que puedas, poniendo término al eterno sufrir.

BRUNILDA.—Tristes hechos me cuentas. Yo no pertenezco ya á la raza de los dioses, ni comprendo lo que dices. Locas y sin ilación me parecen tus palabras; en tus cansados ojos brilla ardiente llama; ¿qué quieres de mí?

WALTRAUTA (*con precipitación*).—Ese anillo que llevas en tu mano.... despréndete de él en favor de Wotan.

BRUNILDA.—¿Desprenderme del anillo?

WALTRAUTA.—Devuélvelo á las hijas del Rhin.

BRUNILDA.—¿Yo, á las hijas del Rhin, la prenda de amor de Sifredo? ¿Estás en tu juicio?

WALTRAUTA.—Óyeme: considera mi angustia! En él estriba el mal del mundo todo. Arrójalo de ti á las olas, para librar al Walhalla de la desgracia; tira el anillo maldito.

BRUNILDA.—¡Ah! ¿no sabes lo que para mí representa este anillo? Es más que las delicias del Walhalla, más que la gloria de los dioses eternos; porque en él brilla para mí el amor divino de Sifredo. ¡Ah! si pudiese decirte lo que es este amor! Por él conservo ese anillo; en él depositó su cariño! Vé, y en el consejo de los dioses díles que jamás lo obtendrán, que nunca les daré mi amor, aunque se derrumbe y se convierta en escombros la brillante pompa del Walhalla.

WALTRAUTA.—¿Es esa tu fidelidad? ¿Así abandonarás á tu hermana, cuando la ves sumida en la mayor zozobra?

BRUNILDA.—Vete de aquí; monta tu corcel y aléjate: no lograrás arrancarme el anillo.

WALTRAUTA.—¡Oh dolor! ¡desgraciada de ti, hermana! ¡desgraciados los dioses del Walhalla!

(*Se va precipitadamente en dirección al pinar, y á poco rato óyese el vuelo rápido de su corcel.*)

BRUNILDA (*sigue con la mirada á su hermana, llevada por tempestuosa nube, que no tarda en perderse en lontananza*). Alejaos, nubes y relámpagos por el viento empujados: idos, y no volváis á acercaros aquí. (*Anochece; el fuego empieza á brillar en el fondo.*)—El crepúsculo vespertino ilumina el cielo con luz suave; en brillo aumentan las llamas que me protegen. ¿Por qué se elevarán ondeantes hasta alcanzar la cumbre de esta escarpada roca? (*Suena en el fondo la bocina de Sifredo. Brunilda escucha, y luego dice henchida de ternura*): ¡Sifredo!... ¿de vuelta ya Sifredo? ¿me anuncia su llegada! Voy, voy á salir á su encuentro! Voy á echarme en los brazos de mi dios.

(*Llena de alegría corre hacia el fondo. Llamas de fuego saltan sobre la cumbre de las rocas: de ellas sale Sifredo é inmediatamente las llamas vuelven á retroceder y á resplandecer como antes en el fondo del escenario. Sifredo lleva en la cabeza el yelmo, que le cubre toda la frente y tan sólo le deja libres los ojos; aparece en forma de Gunther.*)

BRUNILDA (*asombrada*).—¿Traición? ¿quién vino hasta aquí?

(*Retrocede hasta el fondo y contempla asombrada y muda á Sifredo.*)

SIFREDO (*en el fondo, sobre la roca la observa largo tiempo, apoyado en su escudo; luego, con voz fingida y profunda*).—¡Brunilda! hasta aquí vino quien no teme el fuego. ¡En tu busca llegué; sígueme y sé mi esposa!

BRUNILDA (*agitada por vivo temblor*).—¿Quién es ese hombre?... ¿cómo logró lo que sólo al más fuerte estaba destinado?

SIFREDO (*continuando en el mismo lugar*).—Un héroe que te dominará por la fuerza si la fuerza puede obligarte.

BRUNILDA (*horrorizada*).—Algún brujo es quien subió hasta esa piedra; volando vino un águila, á despe-



dazarme. ¿ Quién eres tú, horrible aparición? (*Sifredo calla.*) ¿ Desciendes de hombres? ¿ Ó acaso del nocturno ejército de Hella?

SIFREDO (*después de largo silencio*).—Un guibijunjo soy; Gunther se llama el héroe á quien como esposa habrás de seguir.

BRUNILDA (*desesperada*).—¡ Wotan, dios furioso y cruel! ¡ Oh desdicha! ahora comprendo el rigor de tu castigo: ¡ me entregas al dolor y á la vergüenza!

SIFREDO (*salta de la roca y se acerca á Brunilda*).—Cercana está la noche: conmigo has de desposarte en tu morada.

BRUNILDA (*mostrándole con aire amenazador el dedo en que lleva el anillo*).—¡ Lejos de mí! ¡ Teme ese símbolo! no lograrás forzarme á ese oprobio, mientras me proteja este anillo.

SIFREDO.—Cásate con Gunther; por su poder te casarás con él.

BRUNILDA.—¡ Atrás, ladrón! atrás..... bandido! ¡ No oses acercarte! con el anillo soy fuerte como el acero: ¡ nunca me lo quitarás!

SIFREDO.—Tú misma me indicas que debo desposarte de él.

(*Se precipita sobre ella; luchan. Brunilda se desprende de sus brazos y huye. Sifredo la alcanza. Luchan de nuevo: la coge y le arranca el anillo. Brunilda suelta un grito y se deja caer como rendida sobre la roca en forma de banco, delante de la cueva.*)

SIFREDO.—¡ Ya eres mía! ¡ Brunilda, esposa de Gunther, llévame ahora á tu aposento!

BRUNILDA (*casi desmayada*).—¿ Cómo has de poderte defender, mujer miserable!

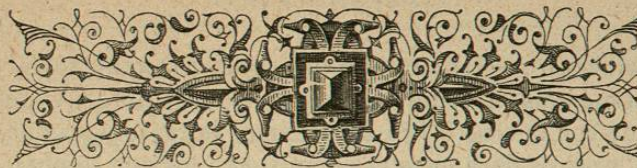
(*Sifredo la hace entrar con imperioso ademán: temblando y con inseguro paso entra en su cuarto.*)

SIFREDO (*tirando de la espada y volviendo á hablar con su voz natural*).—Ahora, Nothung, sé tú testigo de que

honestamente alcancé á esta mujer guardando al hermano fidelidad; librame pues ahora de su novia!

(Sigue á Brunilda).

CAE EL TELÓN



ACTO II

La orilla del río enfrente del alcázar de Guibij: á la derecha la entrada de la casa; á la izquierda la orilla del Rhin desde la cual hacia la derecha del fondo atravesando parte del escenario, se elevan altas rocas cortadas de vez en cuando por algunos senderos. Entre esas rocas se ven tres, consagradas, una á Fricka, otra mayor y situada á mayor altura, á Wotan, y á un lado otra igual, á Donner.—Es de noche.—Hagen, con la lanza en una mano y el escudo en la otra, está sentado y dormido en el dintel. De pronto brilla la luna iluminando al centinela: Alberto, encogido delante de Hagen y con los brazos apoyados en las rodillas.

ALBERTO.—¿Duermes, Hagen, hijo mio? ¿Duermes y no me oyes, á mí, á quien el sueño hizo traición?

HAGEN *(en voz baja y sin moverse, de modo que parece seguir durmiendo, á pesar de tener los ojos abiertos)*.—Ya te oigo, enano; ¿qué tienes que decirme mientras duermo?

ALBERTO.—Atiende al poder de que dispones, si eres tan valiente como la madre que te dió á luz.

HAGEN.—Aunque me dió mi madre valor, no puedo estarle agradecido de que sucumbiera á tus astucias: viejo me veo y pálido, siendo aún joven, y odio á la gente jovial; ¡no sé lo que es alegría!